

un antejo de tal calibre para ver encarnada en tan corta mentalidad como la mía la representación intelectual de España en los pueblos del Nuevo Mundo.

Os habéis excedido, amigos míos, en términos para mí abrumadores. Entre los que han tomado una parte activa en este acto, maestros todos de la palabra, hay uno que se distingue por su carácter adverso a las ampliaciones, por la sobriedad y la justeza, cuya técnica literaria es como la raya del diamante sobre el cristal. ¿Cómo este hombre grave y ponderado no ha contenido en él y en los demás compañeros los impulsos generosos hacia mi persona, ajustándolos a ese admirable sentido de la medida en que nos alecciona a todos diariamente? A él, que tanto admira a Montaigne, debo recordarle este concepto del filósofo francés: «El arquero que sobrepasa el blanco comete igual falta que el que no le alcanza». Y a los otros queridos amigos, que en versos de alto ritmo y prosa de intensa belleza han puesto sus talentos al servicio de hacerme feliz, obligando eternamente mi gratitud, he de recordarles igualmente este oportuno consejo de Cicerón: «Es prudente detener, como en la carrera, los arranques sobrado fogosos de la amistad».

Esta fogosidad os pone ante el país en grave aprieto. Porque siendo axiomático que la inteligencia de los admiradores se mide por la del admirado, de aquí en adelante estáis perdidos en la consideración de las gentes. Y yo, que soy ante todo un sujeto honrado, incapaz de causar perjuicios a nadie, declaro solemnemente — aunque soy hombre poco solemne — que no es la admiración, sino el cariño, lo que os ha inducido a congregaros en torno mío en este mesón. El corazón, según dictamen de Quintiliano, engendra la elocuencia. Y así, acepto, rendido de agradecimiento, lo que en vosotros procede de una cordialidad efusiva, aquello que emana de vuestros corazones; pero he de rechazar, por hiperbólicos, los conceptos procedentes de vuestro juicio al atribuir trascendencia a una obra que yo considero harto canija, enteca y desmedrada.

Algo quisiera deciros ahora de América con relación a España. Pero ni la vastedad del tema, ni la ocasión, ni mi estado de ánimo se prestan a ello. Jornalero de la pluma — y no artista de ella, como vuestra bondad me supone —, no han de faltar oportunidades de continuar exponiendo en gacetas y diarios este problema vital para nuestro país, así en el orden histórico y espiritual como en cuanto

atañe a las actividades económicas.

Con todo, he de insinuar de una manera ceñida y sintética los aspectos principales del vasto asunto.

INFLUENCIA ESPIRITUAL

A toda Inglaterra le es familiar la vida de los Estados Unidos. A todo Portugal le es familiar la vida del Brasil. En España, a casi nadie le es familiar la vida americana. No sólo se carece aquí de conocimiento de aquellos pueblos, de su evolución progresiva, de sus problemas políticos, del auge de su riqueza; falta igualmente la emoción histórica, el sentimiento, siquiera, de la unidad de lengua. España, en su conjunto, ni sabe nada ni siente nada con relación a América, digan lo que quieran los «macaneadores» oficiales de la confraternidad. Y menos aun que el pueblo saben y sienten los rábulas boquirrotos que dirigen el Estado español, que viene a ser como un «dreadnought» entregado en manos de grumetes.

Para ejercer influencia espiritual, lo primero es tener espíritu. Y la España actual carece de espíritu transmisible. No se presta lo que no se tiene. América es un conjunto de pueblos abiertos a todas las influencias del mundo. Su falta de tradiciones seculares les coloca en condiciones de asimilarse lo mejor, que no procede, desgraciadamente, de nosotros...

Existe una disparidad enorme entre la índole estrecha, recogida, de nuestra producción intelectual y nuestra colosal expansión idiomática. Los motivos de nuestra literatura son exclusivamente peninsulares, menos aun, madrileños. Y aunque sea mucho el arte puesto en tales motivos, no es ello suficiente para interesar a veinte pueblos que tienen otro género de preocupaciones.

En el orden estético, América es afrancesada, como nosotros mismos. En el aspecto político — que es la verdadera actividad intelectual de los pueblos iberoamericanos —, la mayor

influencia es ejercida por las instituciones del flexible federalismo norteamericano.

Aquí he de hacer una observación susceptible de infinito desarrollo. Castilla transmitió a América lo que en ella moría: las instituciones municipales, aplastadas por Carlos V, de maldita memoria. Estas instituciones, muertas con los comuneros, revivieron en América en forma de cabildos, en los cuales se tramó luego la independencia de todo el continente. De manera que Castilla, para ser grande en todo, dió a los nuevos pueblos lo que ella perdía, siendo sus leyes, al cabo de los tiempos, el germen que había de producir la justa libertad de toda América. Este fenómeno histórico ha interesado siempre mucho más a los historiadores americanos que a los peninsulares.

LA INFLUENCIA ECONÓMICA

CADA vez que se habla de relaciones económicas hispanoamericanas, se produce cierta confusión que conviene aclarar. Una cosa es España y otra muy distinta las colonias españolas radicadas en los distintos países de América. Los españoles que constituyen las colonias se han formado por sí mismos, sin auxilio ni casi relación alguna con España. Aquellas colonias representan una fuerza mercantil enorme; en sus manos se halla gran parte de la propiedad raíz y semoviente; comerciando con toda Europa, y sólo de un modo insignificante con España, han logrado extraordinaria prosperidad. Así, pues, las colonias españolas tienen una fuerte representación económica, adquirida en la lucha cosmopolita; pero España, la Península, apenas tiene representación. Bastará un dato demostrativo. Solamente en la Argentina, el capital europeo colocado en ferrocarriles, tranvías, luz, Deuda pública, hipotecas, etcétera, excede de veinte mil millones de francos oro. España, la descubridora del continente, no tiene allí una sola peseta. Estos veinte mil millones constituyen para Inglaterra, Francia, Alemania y Bélgica un motivo de conocimiento del país mayor que el de nuestra vinculación lingüística. El dinero induce con más fuerza a la investigación que la lengua.

Otro punto. Al hablar de hispanoamericanismo, nuestros industriales peninsulares sueñan con tratados de comercio en forma de tarifas arancelarias de favor. Esta quimera conviene disiparla. Las plazas comerciales americanas serán siempre canchas abiertas a la

€ 500

mensuales regala entre sus clientes la

FERRETERIA

Miguel Macaya y Cía.

en premios de € 50 c/u.

Si el número del tiquete de su compra corresponde a las tres últimas cifras del premio mayor de la lotería, pase por sus cincuenta colones.